

Domingo XXV del tiempo ordinario. Ciclo B

Sb 2,17-20

a. Contexto

El Libro de la Sabiduría suele denominarse en los LXX y en otros Códices importantes Libro de la Sabiduría de Salomón, por la fama de sabio de este rey.

Como es lógico, se trata de un caso de pseudonimia a la que tan acostumbrados nos tiene la Biblia. Así se reconoce la importancia del que recibe la denominación, y repercute en el valor del texto y de su autor.

En este caso, un judío desconocido de la diáspora, que por su puesto, dada la fecha tardía, la localización, los temas, etc., pertenece a la etapa sapiencial de la literatura israelita: nada tiene que ver con el Rey Salomón.

Ya San Jerónimo y el mismo San Agustín advierten de este punto, diciendo éste último que entre la gente docta nadie atribuye el Libro al Rey sabio.

Estamos más bien en unas fechas cercanas al acontecimiento cristiano. En efecto, eso parece por las características de la lengua griega materna del texto (no traducción del hebreo) y por los temas tratados.

Y así lo aclara el ambiente que se respira en él. Al referirse al Libro los LXX, se deduce que hay que datar la Sabiduría entre el 150 a J.C. y la época de la conquista romana de Egipto (año 30 a J.C.).

Avalan esta afirmación diversas razones, ya que, además, se habla de la persecución contra los judíos piadosos, acontecimiento propio de las comunidades judías de la diáspora, particularmente de Alejandría.

El autor expone sus ideas sobre la Sabiduría de Dios en su vertiente teológica, moral e histórica, tratando de animar la fe de los judíos que se hallan inmersos en el mundo cultural helenista.

Se trata de la culta Alejandría durante el Imperio Romano, y de invitar desde el diálogo a los helenistas a aceptar la fe en el Dios de los judíos. Hay quienes retrasan la composición del Libro a la época de Cristo.

Éstos lo hacen por las alusiones a determinadas cuestiones del momento. El hecho de ser escrito fuera de Palestina le impidió al Libro desde las reticencias que ello ofrecía, ser admitido en el canon judío.

Pero sí lo recibieron las iglesias cristianas como inspirado desde la primera hora, por la facilidad de leer en clave cristiana las referencias a la Sabiduría creadora de Dios que aporta el libro en su elevada teología.

El judío inspirado que lo compuso divide el trabajo en tres partes:

- Sb 1-5: tema de la obra de Dios y de la retribución del justo: inmortalidad del alma (no resurrección, como en Macb., o en el Salmo 22, por ejemplo, a causa del ambiente helenista, que vería la resurrección como una vuelta del alma a seguir encadenada al cuerpo!: Platón, etc.). Se trata del premio que da Dios a los justos.
- Sb 6-9: tema de la Sabiduría de Dios, su principal atributo, que es personificado y descrito de forma que invita a seguirla en su justicia, amor divino, capacidad creadora,

etc. Es la reflexión más elevada de todo el A.T. que permita ser leída como un adelanto de la Encarnación del Verbo de Dios.

La expresión Hijo de Dios, sin embargo en los textos sapienciales se refiere al pueblo de Israel. o, en todo caso, a los justos perseguidos, como se lee en Sb. La Sabiduría ama a los justos, y hace a los hombres amigos de Dios, etc.

- Sb 10-19: tema de la providencia de Dios, que dirige la historia del pueblo escogido, opuesta siempre a la idolatría de los restantes pueblos de la tierra. Mediante una lectura *midráhsica* del Libro del Éxodo, se pone de relieve la justicia de Dios frente a los egipcios, por ejemplo. Además, el hombre es capaz de reconocer la existencia de Dios a través de la maravilla de la creación.

b. Texto

Nuestro texto pertenece a la primera parte (cap.2), y se detiene en denunciar la malicia de los injustos y perseguidores, que son crueles con los débiles fieles de Dios.

Éstos, por seguir la ley de Dios, resultan molestos a los malvados, por lo que se los quieren quitar de encima. Recuerda la literatura de los poemas del Siervo de Yahvé de Is.II.

El autor, en abierto diálogo desde su fe monoteísta con el mundo helenista se muestra más duro con los judíos apóstatas que rechazan esa lectura de su fe desde las coordenadas griegas, como intenta hacer aquél.

Y es verdad que lo hace, sin desviarse ni un ápice de la misma, en el ambiente helenista. A éste le hace ver sus incongruencias desde la fe en Yahvé, pero sigue en diálogo con él a pesar de ello.

En la literalidad del texto se habla de los judíos fieles que en Egipto debían soportar la maldad de los judíos apóstatas, más incluso que la de los poderes públicos.

Éstos ven en la religión judía un *mentís* a las actitudes paganas en el campo de las relaciones interpersonales. La Iglesia cristiana percibió en estos textos de persecución un adelanto de la pasión del Señor.

Por ello los recogió en clave mesiánica. De aquí que la alusión repetida a los hijos de Dios, como decía, termine anunciando la doctrina paulina de la filiación divina extendida a los cristianos por el bautismo.

c. Para la vida

Que Cristo es el Siervo de Yahvé, el verdadero Hijo de Dios que da la vida por invitarnos y darnos la gracia para entrar en el plan de Dios pertenece a nuestra más genuina identidad cristiana.

Y de esto, como hizo la Iglesia de los primeros siglos, tenemos que sentirnos orgullosos y agradecidos al mismo tiempo. Es más, ser capaces de leer estas verdades incluso en textos precristianos es hacer algo grande...

Nada menos que lo que ya he recordado otras veces: leer la Sagrada Escritura del A.T. a la luz de Cristo, que es lo que la hace en verdad auténtica y definitiva Palabra de Dios Inspirada. Hasta aquí, estupendo: ¡gracias a Dios!

Pero, ¿qué hacer hoy día con el diálogo fe cristiana-mundo de la Modernidad?: ¿hacer como hizo el israelita de la diáspora con el helenismo que se vivía intensamente en Alejandría?

Eso ya nos resulta más lioso, porque es más fácil recurrir siempre a las recetas experimentadas: ¡que inventen ellos...! Sin embargo es tarea de todo creyente hoy, y más, de los pastores y educadores cristianos.

Y esto, de modo ineludible. Aquí no caben rigideces mentales, ni absolutizar fórmulas tal vez válidas en otros momentos, ni unir las grandes verdades de nuestra fe a pequeñas triquiñuelas ideológicas o pastorales... por muy interesantes que resulten de momento. Desde las grandes realidades del Evangelio lo que destila es talante creativo, apertura a los hombres, amor al mundo del que no nos quiere apartar Cristo.

Esto es así, y se descubre sabiendo astutamente, como Él recuerda por boca de San Juan, que está puesto en el maligno, y que, desde luego, no está para ser canonizado ni mucho menos.

Se pide rechazar el talante impositivo (el que impone incluso las mejores actitudes evangélicas), se reclama un 'no' a las grandes amenazas de todo tipo de catástrofes.

Y esto, caso de que no se sigan repitiendo costumbres elevadas por no se sabe quién (o sí) y con qué autoridad, a categorías evangélicas de modo definitivo y para siempre.

¿No recuerda nadie la experiencia de haber tenido que echarle paciencia a algunos impositores conciliares hace unos años? Es que parece que las ideas y las actitudes a veces no se corresponden.

Puede haber magníficas visiones teológicas y pastorales conviviendo en alguno con ciertas posturas no tan pastorales ni cristianas, ¿no?: eso, al menos, parece.

El autor de Sb debía saber mucho de diálogo con los hombres, de lectura de la realidad a la luz de la fe: ¡qué bien para sus hermanos en la fe yahvista, sobre todo los que estaban fuera del núcleo de Palestina!

Algo se nos podría pegar, ¿verdad?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb, licenciado en Teología Bíblica

aderojasr@yahoo.es